

Cruda y honesta, **Linda Boström** relata su paso por un hospital mental y su lucha por conservar su voz

Terapia y locura, la (otra) lucha

por **MARTA REBÓN**

«Los recuerdos tenían un estatus muy bajo en la fábrica», cuenta la poeta Linda Boström (Estocolmo, 1972) en su tercer título en prosa. La «fábrica» es el hospital donde la trataron de una depresión profunda con terapia de electrochoque entre 2013 y 2017.

Un lugar más parecido a una cadena de montaje que a un centro médico: «Allí dentro la cosa iba a una velocidad de vértigo. Lo tenían muy bien organizado [...], conseguían meter a veinte desgraciados cada mañana». Dice la autora que Suecia es el país

donde más cuidados de este tipo se aplican per cápita en todo el mundo. La primera vez fue en 1938 y la inspiración la hallaron en los mataderos que recurrían a descargas para tranquilizar a los cerdos. Para los impasibles facultativos de la fábrica, la terapia, que presenta efectos secundarios asumibles, es como «reiniciar un ordenador». A ella, sin embargo, nunca la informaron de que uno era la pérdida de recuerdos. Se da cuenta de que su memoria a corto plazo se pierde en la pantalla en negro. «Para los que trabajan con los márgenes del ser humano era un sentimiento embriagador poder mostrar resultados al fin», pero para ella, escritora, los recuerdos son su talismán. «Siempre puedes inventarlos. Es lo que hacen los escritores, ¿no?», le suelta el jefe de servicio mientras consulta su historial.

Diga lo que diga, para ella es una experiencia calamitosa: «al final te despierta el grito que lanzas. No sabes dónde estás. [...] El miedo cuando despiertas y cuando por fin compren-



LINDA BOSTRÖM **NIÑA DE OCTUBRE**

Traducción de Rosalía Sáez.
Gatopardo. 176 páginas. 17,95 e.
Ebook: 7,68 e.



des, con la plenitud de tu conciencia, que aquello en medio de lo que te has despertado es mucho peor que tus sueños».

Niña de octubre es un testimonio duro sin paliativos, de una honestidad sobrecogedora. La propia Linda Boström nos advierte que cuando el lector quiera puede abandonar el relato, «y eso es lo que convierte este acuerdo en algo tan singular». Quien haya leído antes la incontinente serie autobiográfica de su exmarido Karl Ove –ella un personaje escrito de nuevo por otros– sabrá de antemano que a la autora en su veintena le diagnosticaron trastorno bipolar, enfermedad que también padecía su padre. Eso marcó su infancia, y el miedo que su progenitor le infundía, explorado en *Bienvenidos a América*, lo tradujo en una prosa con ecos de la de Elizabeth Bishop. Iniciada la lectura, dudo que se abandone. Boström penetra en el tiempo no lineal del recuerdo, en sus grietas, y en la libertad personal con las palabras justas. **L**